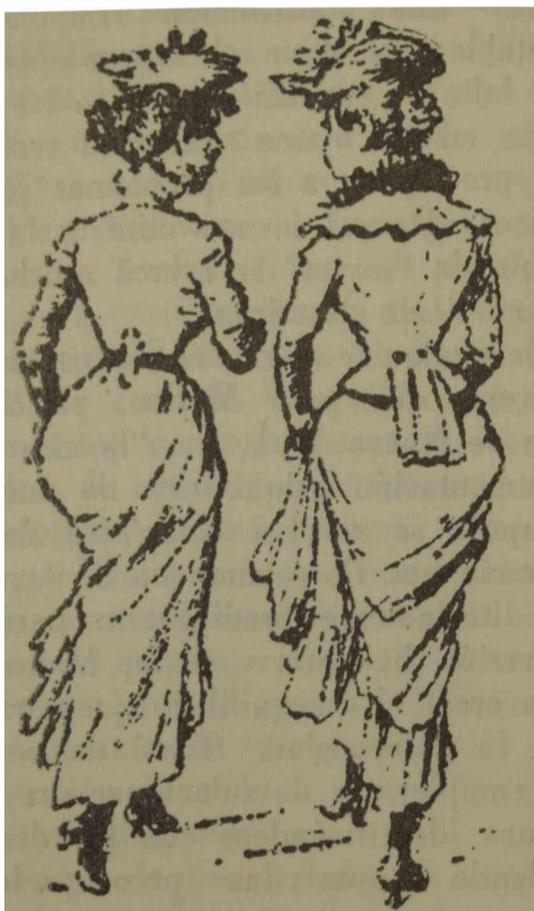


Amelia Sánchez Garrido

“...PERO SARAH HA VISTO LA PLATA”



Noche de estreno (1890)

DESDE julio a agosto de 1886 Buenos Aires ve prestigiada su temporada teatral con la presencia de Sarah Bernhardt,¹ en gira triunfal por América.

¹ Su verdadero nombre era Henriette-Rosine Bernard (1844-1923).

En su itinerario de actriz visitante, América significaba los succulentos *bordereaux* que le permitían reponerse de las temporadas parisienses, temporadas brillantes que su irreflexiva generosidad y su sentido fastuoso de la puesta en escena volvían ruinosas.

Hacia esa época, la divina Sarah, “reina de la actitud y princesa del gesto”, que diría Rostand, había roto resueltamente con la Comedia Francesa y el repertorio noble compartido con Mounet-Sully, para hacerse la intérprete cabal del “sarduismo” finisecular: la “pieza bien hecha”, de intriga y situaciones, de discusiones brillantes, que iniciara Scribe, y cuyos proveedores principales eran a la sazón, además de Sardou, Dumas (hijo), Feuillet o Meilhac-Halevy.

Las obras de estos autores constituyen, precisamente, el repertorio de esta gira americana de 1886; repertorio que permitía el absoluto lucimiento de la actriz, en total plenitud entonces, con sus invariables vestidos cosidos al cuerpo, de mangas largas hasta la punta de los dedos y una floja cadena en las caderas. No usaba aún la gorguera que

Espejo del tiempo

más tarde le tapaba el cuello hasta la cabellera, ni necesitaba echar mano de la estratagema de mantener alejado a su interlocutor para que no se le notaran las cuerdas del cuello. Tiempo de reinado sin par, de extravagancias y caprichos que empresarios, amigos y admiradores se apresuraban a cumplir.

Buenos Aires hace de su llegada el acontecimiento cultural del año. Basta recorrer los periódicos de esa época, que la han seguido paso a paso desde su salida de París, para asistir al deslumbramiento de la ciudad.

El día de su llegada *Sud América*, por ejemplo, uno de los periódicos cultos, de las cuatro páginas de información que posee dedica una casi íntegramente a celebrarla: aparece su retrato, un artículo firmado por García Merou, otro muy largo en que el articulista se ocupa de su juventud, repertorio y vida en París, cómo estudia sus papeles, Sarah en escena... Mientras permanece en Buenos Aires, el mismo periódico, adelantándose a los estrenos, inserta el día anterior el argumento de la obra que ha de representarse. Un cronista expresamente enviado a París para entrevistar a Sardou, el autor de moda, publica una larga entrevista mientras actúa en la Argentina su intérprete predilecta.

La actriz es "noticia" todos los días, en todos los diarios: Sarah en el Club de Esgrima, Sarah en el río, el hijo, las "toilettes" favoritas. No sabiendo qué regalo original hacerle, de americanos, el diario *El Nacional* inicia una suscripción para comprarle un terreno a orillas del Plata, cuyos títulos de propiedad le serían ofrecidos el día de su beneficio, porque la diva había dicho, con la volubilidad que se le conoce, que acabada su carrera artística buscaría en Buenos Aires el hogar que no

había encontrado en parte alguna de su errante existencia.

Pero estamos en 1886. Buenos Aires se ufana de empezar a ser la gran cosmópolis del sur y de marcar pautas a las otras capitales sudamericanas. Si bien en su acogida a Sarah demuestra estar a tono con los grandes públicos de Londres, Viena o Berlín que la habían aplaudido, también aprovecha esta visita para tomarse el pulso. La crítica de los estrenos, sobre todo, es clave para juzgar una sociedad y un tiempo.

Sarah "se estrenó" —el reflexivo es de época— con *Fedora*, de Sardou. La crítica de *Sud América*, más que la actuación escénica o el valor del texto, se dedica a enjuiciar el duelo Sarah-público. Detalla reacciones de una y otro; cómo la actriz, que parecía dispuesta a brindar una mecanizada interpretación a aquel auditorio que considera entregado de antemano a su fama, debe acudir a todos sus recursos para poder, al fin, conquistarlo. Aprovecha el momento, además, para hacer crónica mundana, elogiando el aspecto del Politeama, lleno ese día de *levitas y galeras* aun en el paraíso, con los palcos atestados de *familias conocidas* y la platea llena de *damas y niñas "habitués" del Colón*. Sucinta síntesis de un Buenos Aires clasista y provinciano aún.

Y si la visita de Sarah sirve a Buenos Aires para aquilatar el valor de su público, le va a dar también argumentos que esgrimir en una áspera y lugareña contienda que hace cuatro años la mantiene en una tensa y recelosa actitud.

Hace cuatro años, por obra y gracia de un gobernante, a pocos kilómetros, también "junto al río inmóvil", le ha nacido una peligrosa rival: La Plata, que desde su nacimiento parece manifestar ambiciones desmedidas. "Hasta

sueña con arrebatar a Buenos Aires una parte de sus riquezas, y para luchar mejor contra ésta comienza por revestirse de los más suntuosos adornos”, dirá todavía en 1910 un viajero francés, François Crastre (*A travers l'Argentine moderne*).

La afiebrada evolución de la nueva ciudad es apreciada con diversos criterios hacia esa época por viajeros y cronistas, que ya la tildan de “necrópolis con 50.000 habitantes”, o de “ciudad fantasma”, o de “vasto cementerio de vivos, espléndidamente iluminado a la luz eléctrica”; ya la exaltan como “ciudad única en su género, sin igual, probablemente, en el mundo entero”. Ya ironizan sobre ella, llamándola “la ciudad de las ranas” o la idealizan como “un poema de piedra”.

En el momento en que Sarah llega a la Argentina, Rocha ha sido vencido en sus pretensiones a la presidencia de la República, y con su derrota los porteños ven alejarse el fantasma de un proyecto a él atribuido, destinado a hacer de La Plata la capital del país. La sátira mordaz se ensaña entonces como nunca con ella, sobre todo con sus pretensiones edilicias y culturales.

Godofredo Daireaux, que por ese entonces visitó La Plata (setiembre de 1886) se burla donosamente del afán estadístico de la nueva capital, que permite seguir día por día el adelanto de la construcción:

Al abrir los ojos a la luz, la ciudad de La Plata se ha encontrado con un estadístico a ambos lados de su cabecera, se encuentra con otro en la mesa y parece que hubiera uno apostado en cada una de las esquinas de sus calles. De aquí que se sepa, día por día, los millares de ladrillos que gasta, cuántos pies cúbicos de madera, cuánto hierro, cuántos carpinteros, cuántas cepilladas

da cada uno. Estos guarismos se ven muy en breve agrupados en magníficos volúmenes, y las fotografías de la ciudad hechas, por decirlo así, todas las mañanas, nos permiten seguir paso a paso la serie rápida de sus progresos (*Vida y costumbres en el Plata*).

El diario porteño *La Razón*, de Martiniano Leguizamón, enconado enemigo del partido rochista, al que tilda de ser “el más ruidoso, caro y fanfarrón de los grupos electorales de los últimos tiempos, que ha convertido a Buenos Aires en una caserna de electores, gobernada por los jueces de paz y los comandantes militares, adscritos a la preponderancia de Rocha en los directorios de los bancos oficiales (editorial del 4 de agosto de 1886), tiene una sección permanente: *La Plata*, desde donde aguza sus dardos más crueles. Dice en su edición del 30 de junio:

La administración oficial de La Plata queda erigida en una especie de Corte. Nada más cómodo, sin duda, que anunciar: el señor Gobernador o la señora del Gobernador recibe en su palacio de la Avenida Tal (las Tullerías); lo señora del Ministro X recibe en el palacio de la Plaza (el Elíseo); la señora E. E. abre los lunes sus salones de... (Versalles en el *Petit Trianon*).

Para este periódico, en adelante La Plata será siempre la Corte Platense, apodo que otros aplauden, entre ellos *Sud América*, que transcribe, glosándolo, todo el suelto del que hemos hecho mención.

La burla se afina cuando la ciudad pretende presentar en su flamante coliseo Apolo, de la calle 54 Nos. 482 /92 —inaugurado el domingo 15 de

Espejo del tiempo

marzo de 1885—, a la sin par Sarah.

Las funciones acordadas eran dos: para el 27 y el 30 de agosto; pero se realizó solamente la primera, con *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas (h). Nos parece ilustrativo, para juzgar el grado de ingenua rivalidad entre las dos ciudades, transcribir los párrafos más significativos de la prensa porteña y platense.

La Razón abre el fuego con una escueta noticia, el día anterior al estreno: "Sarah estará en la Corte Platense el viernes próximo". Pero el día del estreno prepara su artillería pesada:

Sarah Bernhardt se estrena esta noche, como se sabe, en el Teatro Apolo platense, con la promesa del gobernante D'Amico de gratificarla por las dos funciones acordadas con la modestísima suma de 10.000 pesos moneda nacional.

No es D'Amico quien dará entonces aquella suma, es el erario provincial, o sea el municipio de la provincia de Buenos Aires, que se sacrifica, tan sólo por la palabra de un gobernante. Puede calcularse en una docena las personas de La Plata que la vieran a Sarah en el Politeama con todas las reglas del arte. Mil la verán esta noche y la oirán como quien oye llover.

Más que novedad, causa extrañeza observar la gente platense, embrionaria, cómo se afeita para concurrir al teatrillo, que es una verdadera cáscara de nuez, y de seguro que no le faltan ratones; pero con todo, el Apolo esta noche presentará un aspecto extraño, difícil de bosquejar. Sobre todo estará con una temperatura color subido, y el humo del cigarro de la paja ha de penetrar hasta el "palco escénico" con una suavidad inmensa. No la encuentro feliz a

Sarah ni a una docena de personas.

El doctor Rocha ha mandado comprar un palco a última hora; se destacará allí como primera figura del partido autonomista!...

El periódico había seguido con cierta prevención la temporada del elenco francés en Buenos Aires. Calificaba a los actores, excepción hecha de Sarah, de "artistas para la exportación", de "morralla de la escena francesa"; había criticado la calidad y escasez del repertorio; había fustigado la prodigalidad porteña que permitía a Sarah volver a su tierra con "sus buenos millares de patacones". Pero, sin embargo, se indigna por lo que considera fría acogida del público platense. Dice el corresponsal al día siguiente de la función, el día 28, en la sección *La Plata*:

Sara Bernhardt: Anoche dio su primera representación esta distinguida artista; como en el Politeama cuando por primera vez debutó con *La dama de las camelias*, igualmente bien lo hizo en el teatro Apolo, anoche; había un público muy suficiente para la capacidad del coliseo; pero, esencialmente frío, no se aplaudió a la artista sino dos veces, y esto, la segunda vez, cuando ya cayó el telón y que Margarita había dejado de existir. /.../ A las doce de la noche terminó la función, regresando la Bernhardt en tren expreso a la una de la mañana para ésa.

El expreso ha sido ofrecido y costado por el gobierno de la provincia.

No ha habido un solo diario platense que se ocupe de Sarah Bernhardt tributándole un juicio mediocre siquiera; dos caballeros únicamente se presentaron en sus palcos de traje de etiqueta, que son los se-

ñores Eugenio Sicardi y Arturo Ugalde.

No se diga entonces ni se compare La Plata con Buenos Aires.

Comentando esta nota de su correspondencia, en lo que respecta a que Sarah no había sido aplaudida sino dos veces, ni saludada por la prensa de la ciudad, dice *La Razón*: "En cuanto a lo primero, no nos causa extrañeza: mal se puede aplaudir cuando no se comprende y, sobre todo, cuando ni siquiera se conoce la lengua en que Sarah Bernhardt trabaja. Respecto a lo segundo, ¡qué le podrían decir esos señores periodistas platenses! Nos alegramos por Sarah."

El diario platense *La Capital* protesta indignado:

La Razón se produce en términos inconvenientes para la sociedad de La Plata y para la prensa de esta localidad con motivo de la llegada de Sara Bernhardt. Dice entre otras sandeces que no se ha aplaudido a Sarah y que la prensa platense no la ha saludado por no haberla comprendido. Sarah ha sido aplaudida como merecía en el Apolo por una concurrencia selecta, y ha sido saludada por la mayor parte de los diarios locales con palabras corteses.

Los reparos del diario porteño no serían, sin duda, del todo injustos. Respecto del público, pocos estarían en condiciones de apreciar en su real valor el trabajo de la actriz. De la cifra de casi treinta mil habitantes que arroja el censo de 1885, la mayor parte de la población —dividida casi por mitades entre argentinos e italianos— era, naturalmente, población flotante: "un pueblo de constructores como corresponde a una ciudad en construcción", dice Daireaux. Los censos del 84 al 86,

hechos por profesiones, van indicando las variaciones en el gremio de la construcción a medida que ésta avanza: cómo aumentan los carpinteros, por ejemplo, mientras disminuyen los albañiles; la oscilación de peones, empedradores, pintores, etc. A ellos, sin duda, estaría dirigida la nota que, años más tarde, acompañaba a veces los avisos del teatro Olimpo: "Al terminar las funciones, en las puertas del teatro habrá tranways para todas direcciones, hasta Tolosa y Ensenada."

La otra parte importante de la población estaba constituida por empleados, quienes sabían eludir mañosamente la ley de residencia que los obligaba a permanecer en la ciudad desierta. De ellos parece haberse echado mano para llenar el teatro en aquella memorable función, con muchas entradas, sin duda, de favor, como puntualizaba maliciosamente *La Razón*: "Familias había muchísimas; casi todos los palcos estaban ocupados por familias de empleados, incluso los del gobernador y ministros." Sin embargo, un periódico porteño adicto a la ciudad, *El Nacional*, se expresaba así de aquel público:

Noches de fuertes emociones y gran entusiasmo fue la de ayer para los habitantes de La Plata. Sarah representó *La dama de las camelias* ante un público tan numeroso como apasionado de la gran artista. El Apolo presentaba un magnífico aspecto con las numerosas y elegantes "toilettes" que se veían en los palcos y plateas. Recordamos a las familias de D'Amico, Ugalde, Villarino, Gonnet, De la Serna, Pinto.

Respecto de la crítica, los pocos diarios que se ocupan de la ilustre visitante aprovechan la coyuntura, sobre todo, para mostrar las galas de nueva

Espejo del tiempo

rica que ostenta la ciudad. *La Capital*, que tanto se había indignado por los términos de *La Razón*, nada en absoluto dice de la representación, sino que se refiere a las amabilidades que el gobierno ha tenido con su huésped de una noche:

Sarah Bernhardt. — Esta artista dramática que llegó anoche a esta ciudad por primera vez, fue recibida en la estación del ferrocarril por infinidad de personas. El Gobernador de la provincia, haciendo gala de atención y cumplimiento para con ella, envió a la estación su carruaje, el que fue puesto a disposición de la actriz, en el que se trasladó hasta el teatro Apolo. Después de terminada la función regresó la artista a la capital de la República en tren expreso.

Lo que en realidad interesaba a los platenses era deslumbrar a la artista,

como a otros ilustres viajeros, con la vista de la ciudad monumental. Y Sarah entra en el juego. Con la exagerada amabilidad que la caracterizaba —y que le hacía llamar genio por telegrama al colegial que le habían mandado una tragedia, como dice uno de sus biógrafos— pone los ojos en blanco y envía a D'Amico una carta llena de hiperbólicos conceptos, de la que copiamos un párrafo: “¡Esas calles inmensas, esos edificios soberbios! ¿Qué? ¿Todo eso es el trabajo de tres años? Gloria al pueblo que por el esfuerzo de su voluntad triunfante puede así hacer brotar del suelo una ciudad que será una de las más bellas del mundo.”

Por su parte, *La Capital* cerraba la serie de comentarios sobre la discutida visita con esta contundente reflexión: “A Sarah Bernhardt la hemos visto en La Plata, pero Sarah Bernhardt ha visto La Plata.”